

El embajador austriaco Bruck recibió el 18 de setiembre un despacho confidencial de su gobierno que le comunicaba la negativa de Rusia á admitir la nota modificada por el gobierno turco. Bruck tuvo la secreta noticia, y el 21 llegó á Constantinopla la oficial de la negativa de Rusia. Entonces hicieron los embajadores una nueva tentativa cerca del gobierno turco para inducirle á firmar la nota de Viena, asegurándole en cambio la proteccion de las potencias.

Semejante situacion era inaguantable para el gobierno turco, el cual para salir de ella convocó nuevamente un consejo magno, al cual asistieron los ministros en activo servicio y los anteriores, los altos dignatarios del imperio, los altos jefes de palacio y de la fuerza armada, los ulemas, los teólogos y otros funcionarios, en junto unas 200 personas. Este consejo celebró sus sesiones, de mas de seis horas cada una, en los días 25 y 26 de setiembre, y decidió por unanimidad no hacer mas concesiones aunque se hubiese de llegar á la guerra, y á fin de hacer esta resolucion irrevocable, la confirmó el Scheik-ul-islam.

En 4 de octubre el gobierno turco hizo saber en el *Journal de Constantinople* oficialmente que la Puerta habia intimado al general en jefe de las tropas rusas que evacuara la Moldavia y la Valaquia, y al propio tiempo habia dado orden al general Omer-Bajá de romper las hostilidades si á los quince dias de haber recibido los rusos la intimacion no habian evacuado los principados. En aquel dia publicó el gobierno turco un manifiesto en el cual motivó mas extensamente su declaracion de guerra, y el 8 del mismo mes publicó el gran visir una proclama dirigida á los habitantes de Constantinopla y de sus arrabales.

A consecuencia de desórdenes ocurridos en la capital, se suplicó al embajador francés, Lacour, que mandara aproximarse la escuadra francesa, ya que el embajador inglés, lord Stratford, no veía el peligro tan urgente para un paso análogo. Drouyn de Lhuys por su parte instó al emperador Napoleón á desplegar mas energía; el embajador francés en Londres, el conde de Walewski, recibió instrucciones en este sentido y logró que el gobierno inglés diera tambien á su escuadra la orden de entrar con la francesa en los Dardanelos. Contra esta medida reclamó el baron de Brunnow, embajador ruso en Londres, en 20 de setiembre, alegando que no se habia declarado todavia la guerra y que de consiguiente, segun el modo de ver ruso, se faltaba al tratado del año 1841; mas á esto contestó en 1.º de octubre lord Clarendon que desde el instante en que el primer soldado ruso habia pisado el territorio de los principados habia cesado la paz para la Turquía y el sultan tenia derecho de llamar la escuadra inglesa á los Dardanelos, como igualmente tenia Inglaterra el de hacer entrar y si era necesario hacer pasar una escuadra por este estrecho (1). Así, pues, los embajadores de Inglaterra y Francia en Constantinopla recibieron orden de hacer entrar las escuadras en el mar Negro tan pronto como la rusa saliese de Sebastopol.

En 7 de octubre el emperador Nicolás hizo una visita al rey de Prusia Federico Guillermo IV en Berlin; pero la entrevista de los dos soberanos no dió tampoco resultado útil á la Rusia. Esta, en realidad, deseaba formar con Austria y Prusia una alianza contra Inglaterra y Francia; pero no podian aceptarla las dos potencias alemanas, las cuales de consiguiente se limitaron á sus ofrecimientos de mediacion.

Antes de empezar las hostilidades verdaderas ocurrieron en Francia é Inglaterra cosas que por tener interés histórico merecen aquí mencion. La actitud indecisa de Napoleón III

(1) Nota de Clarendon á Brunnow de 1.º de octubre de 1853; *Jas-mund*, tomo I, pág. 174.

habia sido fomentada en parte por ciertas reservas manifestadas por la política inglesa que tuvieron su origen tanto en el ministerio como en la corte de la reina. Ya entonces meditaba Luis Napoleón una modificacion de los tratados del año 1815, y creía al gobierno ruso suficientemente acorralado para aceptar su plan, á pesar de haber sido hasta entonces el principal adalid del mantenimiento de los tratados de 1814 y 1815; mas el embajador ruso en Paris, Kisseleff, contestó evasivamente á las observaciones que se le hicieron en este sentido, mientras por otro lado el general Goyon, enviado por Napoleón para asistir á las maniobras militares de Olmutz, se vió extraordinariamente obsequiado por Nicolás I, que le invitó á las maniobras de Varsovia, para lo cual, sin embargo, Luis Napoleón no le dió permiso por no herir la susceptibilidad de Inglaterra. En Londres no se cansaba lord Aberdeen de condenar en sus conversaciones con Brunnow, embajador ruso, toda guerra europea, y hasta la reina expresó su opinion de que se habian dado demasiado alas al gobierno turco permitiéndole envolver á Inglaterra y Francia en esta guerra. El príncipe Alberto tambien compuso una memoria sobre la situacion, en cuyo trabajo mostró sagacidad y talento político; pero sus conclusiones, que aconsejaban reducir los límites de la alianza con la Turquía, no tomaban en cuenta que en aquel caso Inglaterra combatia menos por la Turquía que por su propia posicion en el mundo político, sin contar el peligro que corria de quedar aislada si Nicolás I, renunciando á su política religiosa, se unia con Napoleón.

En todo esto, y en la preponderancia imaginaria de los intereses materiales del partido económico de Manchester, habia basado el gobierno ruso sus mayores esperanzas; solo que no tuvo en cuenta el espíritu nacional inglés, que entonces tenia sus representantes mas decididos, aunque parciales, en las personas de lord Palmerston y de lord Stratford de Redcliffe. El primero era tan partidario de la union con Francia que hasta llegó á proponer en el mes de octubre el casamiento de Napoleón III con una princesa inglesa. Poco despues acarió Palmerston una idea que á los pocos meses fué lanzada por Napoleón III á la publicidad en el folleto que llevaba por título: «La revision del mapa de Europa.» Palmerston proponia dar al Austria los principados danubianos en cambio de la Lombardia, que debia cederse á la Cerdeña.

En 1.º de noviembre dirigió el emperador Nicolás una carta á la reina Victoria, en la cual cometió la casi incomprendible torpeza de apelar á la sabiduría de la reina para que juzgara entre él y el gobierno inglés (que para él estaba personificado en lord Stratford). La reina Victoria contestó con mucha dignidad, refutando la interpretacion rusa del convenio de Kainardiy, desaprobando la ocupacion de los principados danubianos, y no dejando de esta manera al czar la menor duda de que la corona estaba en Inglaterra perfectamente de acuerdo con sus ministros en las bases principales de su política.

En medio de estas oscilaciones tomó Drouyn de Lhuys el timon de la política francesa y propuso la medida energética de reunir una conferencia permanente en Viena que debia comunicar á las potencias beligerantes las condiciones que les impusiera la Europa. Esta medida recordaba la política de Villele en el año 1826, y era un chasco cruel para la Rusia, que en todo tiempo habia procurado impedir la intervencion de Europa en sus contiendas con Turquía. Reunidos los conferenciantes Buol Schauenstein, Bourqueney, Westmoreland y Arnim en representacion de las cuatro grandes potencias, redactaron el protocolo, europeo se puede decir, del 5 de diciembre de 1853, en el cual encerraron á Rusia en

un círculo de hierro con la declaracion de que las seguridades dadas por Nicolás I excluían toda idea de que quisiera atacar la inviolabilidad del imperio turco; que la *conservacion de la Turquía dentro de las fronteras fijadas por los tratados, habia llegado á ser una de las condiciones mas indispensables del equilibrio europeo*, y que la guerra en ningun caso podria acarrear innovaciones en las fronteras territoriales de uno y otro imperio, variando el dominio territorial, que el tiempo habia consagrado en Oriente y que era igualmente necesario para la tranquilidad de todas las demás potencias. Las seguridades de Rusia y la Puerta se detallaron en el mismo protocolo, y la conferencia solicitó del gobierno turco que determinase las condiciones dentro de las cuales estuviese dispuesto á entrar en negociaciones. Rusia y tambien la Puerta rehusaron admitir las bases trazadas por la conferencia; pero á fines del año obtuvo lord Stratford la aquiescencia de la Puerta.

CAPITULO VI

LA GUERRA TURCO-RUSA Y LA CONTINUACION DE LAS NEGOCIACIONES

Comienzo de las hostilidades entre los ejércitos rusos y turcos.—La catástrofe de Sinope.—La escuadra unida de Francia é Inglaterra prohíbe á los buques rusos la libre navegacion en el mar Negro.—Francia é Inglaterra retiran sus embajadores de San Petersburgo.—Tratado con la Puerta del 12 de marzo de 1854.—Declaracion de guerra de Francia é Inglaterra á Rusia.—Plan del baron de Prokesch-Osten para la reparticion de la Turquía.—Los generales rusos opinan que para conquistar á Constantinopla es necesario apoderarse de Viena.—Juicio del general ruso Paskiewitz sobre el equivocado plan de campaña ruso.—Precauciones militares del Austria.—La política de Federico Guillermo IV.—El envío del conde de Pourtalés á Londres.—Cambio súbito del modo de ver del rey de Prusia.—Mision del príncipe de Hohenzollern á Paris y del general Groben á Londres.—Correspondencia entre Federico Guillermo IV y Napoleón, y entre aquél y la reina de Inglaterra.—Memoria secreta de Bunsen.—Mision del coronel Manteuffel á Viena y del general Hess á Berlin.—El convenio austro-prusiano del 20 de abril de 1854, precedido del tratado de alianza entre Francia é Inglaterra, firmado el 10 de abril.—Entrevista de Federico Guillermo IV y de Francisco José en Teschen.—Actitud de Oton de Bismarck, representante de Prusia en la dieta de Francfort, respecto de los asuntos de Oriente.

Antes del 23 de octubre de 1852, término del plazo fijado por la Puerta al general en jefe de las fuerzas rusas, príncipe de Gortschakoff, para la evacuacion de los principados, habian ocurrido entre los dos ejércitos enemigos varios actos de hostilidad de poca importancia. Cuando pasado el plazo señalado los rusos continuaron en sus posiciones y los turcos, bajo el mando del perito general Omer-Bajá (renegado natural de Croacia, cuyo primer nombre era Miguel Latas), empezaron las hostilidades en regla, las fuerzas rusas resultaron insuficientes para sostener su línea de operaciones, que se extendia desde la frontera rusa hasta Calafat, á lo cual se agregó la circunstancia de que por consideraciones diplomáticas tenian orden de no pasar el Danubio. El resultado fué que la llamada campaña del Danubio acabó de una manera lastimosa para los rusos. Sus buques de guerra, al dirigirse desde Ismaila á Galatz, recibieron muchísimo daño á su paso por delante de Isakoha, en 23 de octubre; el 4 de noviembre fué derrotado el general Dennenberg cerca de Oltenitza con pérdida de 970 hombres; en otra derrota que los rusos sufrieron en 6 de enero de 1854 cerca de Chelate, perdieron 2,025 hombres, entre ellos 22 oficiales y 813 sargentos y soldados muertos; cerca de Giurgevo tuvieron en 3 de febrero 192 bajas; cerca de Chetala, donde al fin de la accion quedaron vencedores, perdieron tambien el 23 de marzo 711

hombres, y 815 en la isla de Radoman el 7 de julio, sin contar muchos encuentros de menor importancia en que los rusos salieron casi siempre descalabrados (1). Su accion mas importante fué su paso del Danubio, efectuado desde el 20 hasta el 23 de marzo de 1854. Mas felices estuvieron en sus operaciones en Asia, despues de la sorpresa que sufrieron en la pequeña fortaleza de San Nicolás, particularmente cerca de Basch Kadik Lar, donde fueron rechazados los turcos mal aprovisionados, que tuvieron que replegarse sobre Kars. Por mar se mostró la direccion rusa tambien mas arrojada.

Una escuadra turca compuesta de siete fragatas, tres corbetas y dos vapores, con provisiones de boca y guerra y refuerzos para las tropas asiáticas, concentradas cerca de Batum, entró en la última semana de noviembre en el mar Negro. La mision de esta escuadra era muy expuesta, porque urgia su realizacion y la escuadra rusa cruzaba por allí para impedir el aprovisionamiento de las fuerzas turcas. Para mayor desgracia el mal tiempo obligó al almirante turco Osman á echar anclas en la rada abierta de Sinope ó volver á entrar en el Bósforo. Osman se decidió por lo primero, y el 30 de noviembre vióse atacado por la escuadra rusa compuesta de seis navíos, dos fragatas y tres vapores, bajo el mando del vice-almirante Nakhimoff. En menos de cuatro horas quedó destruida la escuadra turca y bastante mal parada la plaza de Sinope; pero esta catástrofe redundó en bien de la Turquía, porque aceleró la accion decidida de Francia é Inglaterra.

Los buques de guerra estacionados en el puerto de Sebastopol estuvieron en su derecho al impedir el aprovisionamiento del ejército enemigo; y con pleno derecho tambien evitaron los rusos la sublevacion de las tribus del Cáucaso, á las cuales se habia excitado á rebelarse; pero el desastre de Sinope no por esto dejó de exasperar á los gobiernos de Francia é Inglaterra, porque sus negociaciones para un arreglo continuaban, y la destruccion de la escuadra turca habia ocurrido cerca de la escuadra unida enviada por los aliados para proteger á la Turquía. Por lo demás, bajo el concepto del derecho internacional, su posicion era ya insostenible, porque su actitud no era ni neutral ni beligerante. En esta situacion propuso Drouyn de Lhuys que la escuadra aliada cruzara por el mar Negro é impidiera la navegacion á los buques rusos si la Rusia no retiraba sus fuerzas al otro lado del Prut. Esta medida, que era ya un acto de guerra, fué aceptada despues de una corta vacilacion por la Inglaterra, y en su consecuencia la escuadra aliada entró en 3 de enero en el mar Negro, y una parte de ella escoltó los buques de transporte turcos hasta Batum, mientras el grueso echó anclas en la rada de Sinope, como si lo hiciese adrede para retar á los rusos. La fragata inglesa *Retribution* llevó la noticia de estas resoluciones á Sebastopol, donde entregó el parte el 7 de enero, y en 12 la comunicaron diplomáticamente al conde de Nesselrode los embajadores de Inglaterra y Francia. Entonces el gobierno ruso, en 25 y 26 del mismo mes, preguntó en Londres y Paris si la Turquía tenia el derecho de atacar á Rusia; si los buques de transporte turcos podian pasar de un puerto á otro, y si la Rusia no tenia el mismo derecho. Las dos potencias negaron en ambos conceptos á la Rusia el derecho que pretendia, y entonces esta potencia, en 4 de febrero, retiró sus embajadas de Paris y Londres, y en 21 del mismo mes cesaron en sus cargos tambien los embajadores de los aliados en San Petersburgo, sir Hamilton Seymour y el general Castelbajac. Nicolás I se

(1) *La guerra de Rusia con Turquía*, escrita por E. Kowalewski con los apuntes del príncipe Miguel Gortschakoff, para atenuar la responsabilidad de este último.

mostró mucho más irritado contra Inglaterra que contra Napoleón III, que todavía en 29 de enero había escrito al emperador de Rusia una carta dándole consejos conciliadores que había comunicado al gabinete inglés, y que fué modificada en Londres. Nicolás contestó en 9 de febrero de una manera digna, si bien incompletamente, desde su punto de vista, y Napoleón declaró al embajador ruso, conde de Kisseleff, que desde un principio había tenido un afecto preferente á la Rusia y que debían atribuirse á la fatalidad las diferencias ocurridas (1). Como el emperador Nicolás sostenía que siempre había sido franco y leal para con Inglaterra, el gobierno inglés estimó conveniente publicar las conversaciones del emperador Nicolás con sir Jorge Hamilton Seymour. El 12 de marzo hicieron Inglaterra y Francia un convenio con la Puerta, en el cual, en virtud de haber sido llamados por el sultán á su socorro, se obligaban, después del envío de sus escuadras, á enviar fuerzas terrestres para la defensa del territorio turco en Europa y Asia. En 14 de marzo el gobierno inglés, después de haber intimado en 28 de febrero á la Rusia la evacuación de los principados, fijó para esta evacuación el plazo del 30 de abril. La Francia por su parte fijó como plazo el 15. El 18 del mismo mes Nesselrode hizo saber á los cónsules que el emperador no juzgaba necesario contestar á la intimación, y fundadas en esto las dos potencias occidentales declararon en 27 y 28 de abril la guerra á la Rusia.

Ya hemos mencionado la actitud del gobierno de Austria respecto de las comunicaciones peligrosas de Rusia. La teoría de las nacionalidades, que con la subida de Napoleón había recibido nuevo vigor, y las divergencias de opinión en las altas regiones gubernativas, diplomáticas y militares eran una gran rémora para la política extranjera de Austria. El barón de Prokesch-Osten, prescindiendo de las tradiciones antiguas del gobierno austriaco en los asuntos de Oriente, había expuesto ya en 10 de febrero de 1850 un proyecto de reparto de la Turquía europea, pasando por encima de la política oriental conservadora de Metternich. Según este proyecto la Rusia debía recibir á Constantinopla y las Bocas del Danubio, y el Austria la Bosnia, la Servia, la Albania y la Macedonia. Un proyecto análogo se ha echado á volar recientemente (2). El emperador Francisco José, lejos de prestar oído á semejantes proyectos, solo pensó, como lo manifestó en la entrevista de Varsovia, en una alianza ofensiva y defensiva con Rusia y Prusia; y cuando esta última potencia se excusó, propuso que Austria y Prusia se declararan neutrales, sin dudar un momento de la conservación de la integridad del imperio turco, que le había asegurado de palabra y por escrito el emperador Nicolás. De modo que para Francisco José el protocolo de Viena del 5 de diciembre no contenía nada que pudiese ofender á la Rusia, cuando en San Petersburgo, muy al contrario, pues que allí se pensaba justamente en la desmembración del imperio turco, se consideró aquel protocolo como un acto de hostilidad.

Hacia fines de enero envió Nicolás I al conde de Orloff,

(1) *Etude*, tomo I, pág. 300. Es muy curiosa la opinión que el gobierno ruso se había formado de la situación de la Francia. Al mencionar el autor del *Etude* lo dicho por Napoleón á Kisseleff, añade: «La situación (de Francia) no está exenta de peligros; la hacienda se ve agobiada por deudas, el gobierno está apuradísimo, y ha decidido hacer un empréstito de 200 millones: la situación interior del país es precaria; los hijos de Jerónimo Napoleón están rodeados de republicanos y de emigrantes polacos; esperan la caída del emperador y sueñan en ocupar su puesto.»

(2) La memoria de Prokesch-Osten fué publicada en el periódico alemán: *Augsburger Allgemeine Zeitung*, poco antes de la misión diplomática de Menschikoff, probablemente con la idea que es fácil de suponer.

á quien el canciller Nesselrode consideraba más apto que Menschikoff, con misiones diplomáticas á Viena para conseguir la neutralidad absoluta de Austria y Prusia. En 30 de enero fué recibido Orloff por el emperador Francisco José, al cual entregó una carta de su soberano; pero habiéndose vuelto desconfiado en el último tiempo el emperador de Austria, preguntó al embajador antes de contestar resuelta y definitivamente á la solicitud rusa, si el emperador Nicolás estaba bien decidido á no pasar el Danubio, á evacuar, concluida la guerra, los principados danubianos y á respetar la integridad del territorio turco; y como el embajador no pudo dar seguridades positivas y afirmativas respecto de estas preguntas, Francisco José se negó á tomar en consideración las proposiciones del czar. La misión de Orloff tenía cierta semejanza con la de Menschikoff en Constantinopla, porque su verdadero objeto solo se conoció en sus negociaciones con el ministro Buol, al cual presentó un proyecto de protocolo que pedía á Austria y Prusia una neutralidad armada contra Inglaterra y Francia, con la promesa de parte de la Rusia de acudir al auxilio de cualquiera de las dos potencias alemanas y de la confederación germánica si ésta ó aquellas se vieran atacadas por Francia é Inglaterra. Por otra parte, prometía la Rusia no hacer nada sin contar con sus dos aliados, en caso de que los sucesos de la guerra produjeran cambios en el Oriente. Era la repetición de la anterior proposición del emperador de Rusia de una alianza ofensiva y defensiva; pero esta vez no vaciló ya el gobierno austriaco, y en 3 de febrero ordenó la concentración de un ejército de observación de 30,000 hombres en la frontera de Transilvania. El 8 de febrero el embajador Orloff salió de Viena sin haber logrado nada. Igual suerte tuvo la misma proposición en Berlín: en 31 de enero de 1854 contestó el presidente del ministerio, Manteuffel, que el protocolo del 5 de diciembre y las negociaciones posteriores imponían á las cuatro potencias firmantes deberes de los cuales ninguna de ellas se podía desentender sin el consentimiento de las demás.

También se negó la Prusia á entrar en un convenio solemne propuesto por Francia é Inglaterra en lugar del simple protocolo; pero firmó, como ahora veremos, el importante protocolo de Viena del 9 de abril de 1854, en el cual se sentaron como principios fundamentales: la integridad de la Turquía, que exigía la evacuación de los principados; la emancipación de los súbditos cristianos del imperio turco, que debía concertarse de manera que no perjudicara la soberanía del sultán, y finalmente la conveniencia de enlazar sólidamente la Turquía con el equilibrio europeo, prohibiendo todo arreglo con Rusia y con cualquiera otra potencia que discrepara de estos principios.

En estas circunstancias, tan contrarias á los proyectos de Rusia, no era de extrañar que en el consejo del mas antirevolucionario autócrata ruso se planteara la cuestión de conquistar á Constantinopla, cuando no con el auxilio del Austria, tomando primero á Viena, desmembrando el imperio austriaco y excitando á la rebelión á los pueblos eslavos sometidos al Austria. Este proyecto ocupó al emperador Nicolás, que lo consultó con sus generales Paskiewitz y Jomini tan luego como supo el éxito negativo de la misión de Menschikoff. Paskiewitz desaprobó el envío de este último, pero viendo ya inevitable la guerra, aconsejó empezar por el Austria, tomar á Viena y desmembrar este imperio antes que la Turquía (3).

(3) Confirman esta opinión de Paskiewitz no solamente Jomini, el autor del *Etude*, etc., sino también lord Sandhurst, cónsul general inglés en Varsovia cuando era gobernador de Polonia el mismo Paskiewitz, cuya opinión era también la de Sandhurst.

Esta idea de empezar por la toma de Viena antes de empezar por la de Constantinopla tomó cuerpo cuando posteriormente se exacerbó la irritación de Austria contra Rusia, si bien al cabo la desecharon el emperador Nicolás y su canciller. El general Sumarokoff trazó un plan en regla para realizarla y el general Jomini sometió al emperador varias memorias sobre el mismo proyecto, en las cuales expuso que Rusia había escogido de todas las posiciones la mas desventajosa, pues que su larguísima línea de defensa, que se extendía desde Torneo á Tiflis, tenía una longitud de 100,000 verstas y estaba interrumpida por dos mares á disposición del enemigo, el cual podía reunir allí sus fuerzas y atacar á la Rusia en sus puntos mas débiles. En el año 1812 la situación había sido muy diferente, porque entonces Inglaterra era aliada de Rusia y pudo protegerla por mar contra todo ataque del lado de Suecia como del de Turquía. Además la línea de defensa por tierra era mucho mas corta, pues que solo se extendía desde el río Dwina hasta los montes Carpacios, con la certidumbre además de que en caso de quedar derrotado Napoleón se echarían sobre él Austria y Prusia, cuando á la sazón Rusia corría el peligro de tener contra sí á toda la Europa sin exceptuar la Alemania y la Suecia, y hasta se agregaría á sus enemigos la Persia. Para salir de esta situación Jomini veía solo dos medios: reunir todas las fuerzas y tomar enérgicamente la ofensiva; marchar sobre Viena para aniquilar á los ejércitos de la coalición antes de que pudiesen efectuar su unión, ó si esto parecía demasiado peligroso, reducirse á la defensiva y al objeto principal de la guerra, la Crimea. En este segundo caso era menester dar una satisfacción á las dos potencias alemanas con la evacuación de los principados danubianos, enviar todas las fuerzas á Crimea y no cuidarse ya del Austria, que entonces ningún interés tendría en hacer la guerra á Rusia (1).

Es de suponer que el gobierno austriaco no ignorara estos proyectos, y así se explican sus precauciones militares, pues al ejército de 30,000 hombres concentrado en la frontera de Transilvania añadió en 5 de febrero 25,000 hombres, que tomaron posiciones en la frontera de Croacia y Servia, y el 22 del mismo mes otros 25,000 á las órdenes del general Coronini, con el cuartel general en Semlin, para servir de contrapeso á la fermentación excitada en la Servia, muy peligrosa para la Puerta. Habiendo tenido el gobierno austriaco gran cuidado de declarar que sus relaciones con las dos potencias vecinas, la Turquía y la Rusia, continuaban siendo amistosas, y no faltando tampoco otras seguridades tranquilizadoras, fué difícilísimo para Nicolás I, aun prescindiendo de todas las demás consideraciones, tomar una resolución en el sentido de las recomendadas por Paskiewitz, Jomini y Sumarokoff; pero no por esto era menos cierto que se habían sometido al emperador proyectos en este sentido, porque así lo evidencia la conclusión que sacó y le presentó Nesselrode, concebida en estos términos: «El honor no nos permite aceptar condiciones de paz humillantes, por cuya razón no he vacilado en aconsejar á V. M. que rechazara las que recientemente me han propuesto; pero tampoco puede obligarnos á precipitarnos en un abismo sin fondo (2).»

Digna de notar es en aquellos proyectos eslavos que todavía palpitan la falta de toda consideración hacia la Prusia, que entonces, no obstante sus muchas oscilaciones, seguía una política decididamente nacional alemana.

Federico Guillermo IV opinaba que la mejor solución de la crisis de entonces se encontraría en un tratado celebrado por todas las potencias con la Puerta, en el cual se garanti-

zaran los derechos de los cristianos, y en este sentido encargó á su embajador en Londres que entablase negociaciones. Bunsen contestó que tanto la reina como lord Aberdeen y lord Clarendon estaban dispuestos á apoyar este plan; pero además de la repugnancia de Rusia á la intervención de otras potencias en su contienda con Turquía, se chocaba con el sabido escrúpulo de Stratford de no mermar los derechos soberanos del sultán con un tratado internacional. Naturalmente tampoco pudo tener éxito el embajador de Prusia acreditado en Constantinopla, que había recibido instrucciones en el mismo sentido, cosa que disgustó además al gobierno inglés. La participación de Prusia en los protocolos de Viena era tan correcta como su negativa á las exigencias de Rusia, Austria y Francia, que pretendían se declarase neutral. La misión del conde de Pourtalés, enviado en diciembre de 1853 á Londres para obtener la garantía de Inglaterra y Francia á favor de la inviolabilidad de Alemania, no produjo resultado porque se oponían también cuestiones interiores de derecho.

El gobierno prusiano tomó con todo medidas militares de precaución del lado de Rusia, donde excitaron mucho disgusto; en cambio la Prusia no aprobó la intimación que Francia é Inglaterra enviaron en 28 de febrero á San Petersburgo de evacuar los principados danubianos, mientras el Austria la aprobó aunque sin tomar parte en ella. Tampoco aceptó la Prusia la proposición del Austria de formar entre las cuatro potencias un convenio preliminar para procurar la evacuación del territorio turco, tomando por base la conservación de la integridad del imperio y la revisión del convenio del 13 de junio de 1841, obligándose al propio tiempo cada una de las potencias firmantes á no entrar en un arreglo ni con Rusia ni con otra potencia sin consultar antes á las otras co-firmantes. El presidente del consejo de ministros, Manteuffel, y el ministro de la Guerra, Bonin, aprobaron esta proposición; pero el rey, al cual había parecido sospechosa la insistencia de Austria y Francia, se negó rotundamente á entrar en semejante convenio, y para motivar su negativa envió al príncipe Carlos Antonio de Hohenzollern á Paris y al general Groben á Londres. Esto dió lugar á una correspondencia entre el rey de Prusia y Napoleón III que aumentó la desconfianza del rey. También contribuyeron al mismo resultado las ideas relativas á una modificación del mapa de Europa que Napoleón vertió en una conversación con el duque reinante de Sajonia-Coburgo, que le hizo una visita en Paris, si bien respecto de Prusia solo tuvo expresiones lisonjeras. El príncipe de Hohenzollern no pudo convencer á Napoleón de la bondad del plan del rey de Prusia.

La correspondencia entre este último y la reina de Inglaterra sobre el mismo asunto tuvo igual resultado, porque ni la reina ni su esposo pudieron adaptarse á las ideas del monarca prusiano, ideas de rey absolutista y pietista que no se ajustaban ni á la diplomacia oficial ni á las manifestaciones políticas de los soberanos modernos (3). Excusado es decir que también fué infructuoso el envío del general Lindheim á San Petersburgo con igual objeto.

La influencia de Bright y Cobden, ó sea de la escuela de Manchester, que abogaba por la paz, influencia con la cual el emperador Nicolás había contado, fué acallada por el entusiasmo guerrero que se apoderó de todas las clases sociales de Inglaterra y hasta del embajador prusiano Bunsen, que de todos modos era ya adversario de Rusia, no obstante las buenas relaciones de esta potencia con su soberano Fede-

(1) *Etude*, tomo II, págs. 152 y 153.

(2) *Etude*, tomo I, pág. 543.

(3) Véase la *Biografía del príncipe Alberto*, por Teodoro Martin, traducida al alemán por E. Lehmann, Gotha, 1879, tomo III, páginas 44 á 47.